

**David Noel FREEDMAN**, *The Nine Commandments, Uncovering a Hidden Pattern of Crime and Punishment in the Hebrew Bible*, Doubleday, Nueva York 2000, 217 pp.

David Noel Freedman, editor general y coautor de la famosa serie Anchor Bible publicada por Doubleday desde 1956, así como de otros muchos escritos de investigación bíblica, presenta en este libro (escrito con la ayuda de Jeffrey C. Geoghegan y Michael M. Homan, y que ha sido editado por Astrid B. Beck) una tesis que, de ser cierta, daría una unidad e interés particular a los libros históricos de la Biblia hebrea. Escondido en el texto habría un diseño esencial que sigue los mandamientos que Moisés recibió en Sinaí (Horeb). Los libros de la historia fundamental del pueblo escogido, desde Éxodo a Reyes, revelarían el desafío de Israel a los mandamientos que recibieron de Dios por Moisés, y en consecuencia, la captura de Jerusalén, la destrucción del Templo, y el exilio en Babilonia. La tesis implica un editor que presenta esta larga historia de crímenes y castigo, en torno a un mensaje central: no es Dios el que ha abandonado a su pueblo; es Israel quién ha abandonado a su Dios, transgrediendo, uno tras otro, libro tras libro, todos sus mandamientos. La idea tiene gran atractivo, sobre todo hoy, cuando la investigación sobre los libros del Antiguo Testamento parece disgregarse por todas partes como las migajas de un pan seco que ha perdido su vitalidad. La tesis de Freedman devuelve a la Biblia Hebrea una unidad y solidez extraordinarias, así como una nueva belleza literaria y dramatismo teológico. Si está en lo cierto, habría que aceptar que la redacción final de toda la obra estaba fundada en un plan general con una estructura particular. El hilo conductor de las transgresiones del pueblo escogido revelaría la presencia de un editor general (un redactor R) que merecería, cien años antes que Herodoto, el título de padre de la historia.

Una primera lectura del libro encuentra el argumento persuasivo. Uno podría preguntarse por qué es un diseño «escondido», como dice Freedman en el título. El lector de la Biblia Hebrea resumiría los libros históricos reconociendo ese «hilo» conductor de alguna manera pues es obvio que se trata de la historia de un pueblo desleal a un Dios fiel. El discurso de Moisés en Deuteronomio lo decía con claridad: la violación de la alianza traerá la destrucción del pueblo. Pero Freedman intenta probar que los libros históricos documentan las transgresiones a los nueve mandamientos, un libro por cada pecado, en perfecto orden. ¿Qué pasaría con el décimo mandamiento que se queda sin libro? El autor defiende que el décimo mandamiento es un caso especial porque se refiere a la motivación o actitud del pecador y entra por consiguiente en cada uno de los otros nueve. Presentando y argumentando su tesis, recorre cada uno de los mandamientos, afinando la noción de cada uno de ellos como sólo un erudito bíblico puede hacerlo, a veces con sorpresas de interés. Este proceso de delimitación los purifica e ilumina de nuevo haciéndolos más relevantes para un tiempo de confusión moral y desmoralización como el nuestro.

He leído este libro, después de ver una serie de televisión dirigida por Krzysztof Kieslowski, titulada: *El Decálogo* (guión y texto del mismo Krzysztof Kieslowski y de Krzysztof Piesiewicz); diez películas producidas para la televisión polaca por Ryszard Chutkowski (1988), que es una obra artística de primera calidad, y cuya substancia puede ser otro intento extraordinario, en un medio muy diferente de la erudición bíblica, para encontrar la razón de ser e importancia actual de unos mandamientos que han sido y siguen siendo centrales en la tradición judía y cristiana. Es una serie de diez películas cortas (menos de una hora de duración) hechas para la televisión polaca en 1988 y que hace poco ha aparecido en formato de vi-

deo. Durante años han tenido un recorrido obligado en festivales de cine; en el nuevo formato son ya accesibles al gran público. La serie la escribió Krzysztof Piesiewicz, y fue dirigida por Krzysztof Kieslowski, más famoso por su trilogía de color. En lugar de ofrecer una «recreación» más o menos moralizante de los diez mandamientos, estos dos artistas les han dado la vuelta presentando en cada historia con inteligencia y originalidad uno de los mandamientos como si fuera algo nuevo y sorprendente. El arte de esta serie extraordinaria es tal, que trasluce el sentido profundo y el humanismo irrefutable de cada mandamiento.

Todas las historias ocurren en tiempo actual (finales de los años ochenta) en unos edificios de apartamentos, típicos de cualquier ciudad moderna europea, y algunos personajes aparecen con gran efecto en varias películas de la serie. El valor e impacto de la serie es acumulativo, y película tras película, mandamiento tras mandamiento, el espectador se encuentra en un auténtico viaje de búsqueda de la verdad moral y de la verdad sobre el ser humano en su destino en la tierra. En el cuarto mandamiento, por ejemplo, una joven descubre en el cuarto de su padre un sobre escrito por su madre que murió poco después de que ella naciera, con la instrucción de abrirlo después de su muerte; le revela que ese hombre no es su padre biológico y la revelación lleva a los dos, «padre» e «hija», a un examen de su conducta y de su relación, y el espectador entiende el mandamiento de una nueva manera y con otra profundidad de la que puede tener en una lectura rutinaria. En otra otra película (el quinto mandamiento), un joven mata brutalmente a un taxista, y la crueldad del acto queda subrayada; pero poco después él mismo es juzgado y condenado a muerte, y su abogado no puede hacer nada frente al poder del estado con la pena capital. El contraste hace temblar al espectador. ¿Se trata de ojo por ojo y diente por diente? ¿Hasta dónde llega hoy ese mandamiento? En el sexto mandamiento, un joven aparece obsesionado con una mujer que vive en un edificio enfrente suyo, y cuyas frívolas aventuras sensuales espía obsesionado con un telescopio. Aquí, el «no adulterarás» se va transformando en una lección de qué significa amar a otra persona, como si los personajes del relato subieran una escala hasta el primer mandamiento. En el octavo, una investigadora del holocausto judío que ha traducido las obras de una profesora de ética en la universidad, asiste a una de sus clases y cuenta su propia historia como si se tratara de un caso de conciencia. El resto de la historia se convierte en un retrato profundo del poder de la verdad como fuerza redentora. No todos los mandamientos son pequeños dramas, aunque la transgresión siempre lo es. En la última película de la serie (el décimo mandamiento), dos hermanos heredan de su padre una colección de sellos de enorme valor, la mejor en Polonia. Sin embargo, la codicia que despierta en ellos les lleva a perderla en lo que resulta una comedia negra por excelencia. Aquí, el «No codiciarás los bienes de tu prójimo» se traduce también, aún en un mandamiento más elemental, «No codicies tus propios bienes».

El decálogo ha recibido merecidos elogios de la crítica; sería deseable que el filósofo moral o el teólogo se sentaran frente al televisor para apreciar la relevancia y profundidad de las viejas tablas de la Ley mosaica de manera tan original y curiosa, perceptiva y perturbadora, en una de las grandes obras del arte de la pantalla.

Tanto el libro como las diez películas reflejan la perenne actualidad del Decálogo del Sinaí, que expresan el invariante moral que Dios inscribió en la conciencia humana, revelado positivamente al pueblo judío y, en él, a toda la humanidad.

Álvaro DE SILVA